



COLIBRÍ

Revista cultural y artística



LITE
RA
TURA

ARTE
CUL &
TURA

Índice —

PRÓLOGO

ALGO MÁS PARA LEER EN EL BAÑO

6 - TEXTO A

POEMAS DE EL MAR QUE NO VIO MAMÁ, LP5 EDITORA, 2023

10- TEXTO B

POLVO DOMÉSTICO

COLUMNA POLÍTICA

14- DOCTOR EQUIS SIN DOCTORA ÉTICA

ARTE Y CULTURA

16- EL MUSEO DE LA GUERRA DE CASTAS: UN

MUSEO DE LA COMUNIDAD PARA LA COMUNIDAD

ESCRITOS DESDE BURDEOS

20- CUERPO Y TERRITORIO

TEATRO

22- SIRENAS DE RÍO: UNA HISTORIA DE VACÍOS

CO LI BRÍ

LUPITA MURIEL - EDITORA, REDACTORA, CORRECCIÓN DE ESTILO.
GUADALUPE ÁLVAREZ - COEDITORIA, COMMUNITY MANAGER, REDACTORA,
CORRECCIÓN DE ESTILO, DISEÑO EDITORIAL.
SUSANA SANTOS - REDACTORA, CORRECCIÓN DE ESTILO.
BETHZAIT BECERRA - DISEÑO EDITORIAL, ILUSTRADORA.

Prólogo

POR: GUADALUPE ÁLVAREZ MARTÍNEZ (LUPITA AL MAR)

Los textos que presentamos en este número son ejemplos claros de los rumbos que la literatura actual marca. La narrativa y la poesía escrita por Lizarlett Flores y Sandra Rosas, respectivamente, nos transportan a mundos que reflejan la realidad de la vida cotidiana y sus desventuras ya deprimentes, ya violentas.

Lizarlett Flores crea un mundo en donde la nubosidad interna del personaje poco a poco va apoderándose del entorno hasta resquebrajarse. La pesadez de una vida sin rumbo y del fracaso cotidiano se representa con un final fantástico que recuerda un poco a las historias de Cortázar en las que el choque entre la realidad y lo fantástico no perturba al personaje, pero permite que el lector se replantee su propia realidad.

Los personajes de Flores abren una puerta al interior de una vida en pareja en constante mutación y llena de frustraciones calladas y sobrellevadas en soledad, en clara ironía de la compañía que tendría que representar la vida compartida. Flores se une al *Zeitgeist* marcado por escritoras como Samanta Shweblin en donde la tradición de lo fantástico latinoamericano se actualiza en historias que muestran que no hay nada más fantástico que la forma en la que nuestros miedos se apoderan de nosotros.

Por otro lado, la poesía de Sandra Rosas nos muestra un mundo violento que debe ser (d)enunciado para evitar caer en la complicidad de la injusticia. Sus poemas, ubicados en la zona fronteriza de Ciudad Juárez, tienen como voz poética la violencia de género. Crear arte como consecuencia del trauma, de la violencia, de las crisis, es una forma de catarsis necesaria tanto para las víctimas, las familias y la sociedad misma. Rosas comprende el poder de la palabra y lo utiliza para dar voz y significado a la violencia que atraviesa la región, les permite hablar a las víctimas y nos permite como lectores empatizar con las historias.

Igualmente, en un espíritu de época, Rosas recuerda a la poesía de Sara Uribe o a los cuentos de María Fernanda Ampuero, en el sentido de mostrar la violencia cotidiana para denunciar no sólo a los perpetradores sino al sistema que la permite e, incluso, sustenta.



Sandra Rosas (México, 1977)

Estudió Letras Latinoamericanas en la Universidad Autónoma del Estado de México y es maestra en Estudios Latinoamericanos Interdisciplinarios por la Universidad Libre de Berlín. Desde el 2004 reside y trabaja en Berlín. En el 2019 publicó su primer poemario bilingüe, *Pupilas ciegas/ Blinde Pupillen* (KLAK Verlag) y en 2021 fue becaria en Künstlerdorf Schöppingen, Münster. Actualmente realiza estudios de Doctorado en la Universidad Ruperto Carola en Heidelberg y es becaria del Senado de Berlín en la categoría de literatura no escrita en alemán.

Poemas de El mar que no vio mamá, LP5 Editora, 2023.

El tránsito de lo cotidiano

El tránsito de lo cotidiano,
el miedo a dar un paso en falso,
a rodar
hasta romperme la frente.

Es la palabra que se atora,
la que no engullo,
la que se hace navaja en el caminar con la muerte.
El ojo de vidrio de mi infancia.

Niñita

Te clavás, niñita.
Te hundes.
Te lanzas al vacío
de laureles y
vidrios rotos.

Palabra

Palabra
te apelmazas
rabiosa
harta de contenerte
para no asustar.

La ciudad que camino

La ciudad que camino se llama yo.
Me embarco en ella con la convicción de llegar a mi destino.
Son los ojos puestos en la casa no construida, la masa en la superficie de mis
manos, el número que se repite en mis sueños, el cuerpo sobre las yemas de
mis dedos.

Juaritos

Aquí, donde mi corazón,
se encomienda al Dios Uber
cada que salgo de casa.

Aquí, donde con paciencia de santo,
se cruza al otro lado
diariamente

Aquí, en Ciudad Juárez,
donde el 18 de mayo de 2019
El Diario relata que
ya se han asesinado a 54 mujeres.

Aquí, donde los hombres
cuentan hazañas de mujeres solas
manteniendo a siete hijos.

Aquí, mismo,
donde a ninguno le incomoda,
ver a sus colegas mujeres
trabajar el doble.

Aquí, en la frontera con los Estados Unidos,
donde a las esclavas de casa,
se les llama reinas del hogar.
¡Yo no quiero ser reina de ningún hogar!
¡Quiero vivir sin miedo!

Aquí, en la frontera,
donde la mano de la poeta,
Susana Chávez,
fue arrancada sin temor.
Y ni el eco alcanzó los oídos del mundo.

En esta ciudad polvo,
donde la valentía es puro terror.
Aquí, donde me lleno de zozobra y
libros autografiados.

Aquí,
donde el cabello se me hace pardo, y
tengo pesadillas.

Aquí, en Juaritos,
donde no se mira de frente.
Ni los árboles resguardan
de los disparos del sol.

Aquí, donde tiemblo,
al ver una camioneta avanzar lento.
Aquí, donde vine por respuestas,
y me lleve preguntas.

Aquí, donde el periódico local,
califica la violación tumultuaria
de una profesora
de inocente perreo.

Aquí, en Juaritos,
estoy de pie y
con miedo.

El rapto

I
Seis años.
No recuerdo cómo me levantó en brazos.
Ni cómo fui a dar a su espalda.
Recuerdo que mi madre no estaba,
que sus dedos se metieron muy dentro
y la cabeza me dio vueltas para siempre.

II
Ya la en la calle una niña mayor
jaloneó mi suéter.



Polvo doméstico



Por: Lizarlett Flores



Llevo semanas sin salir de casa. Almudena se encarga de todo, la despensa, la renta, el pan, la lavandería, todo, todo lo que podamos necesitar del exterior mientras yo me dedico en cuerpo y alma a estudiar para las oposiciones. Obtener una plaza para enseñar en secundaria es el único desemboque profesional de mi carrera y necesitamos el dinero. Cuando decidí estudiar filología nunca consideré la vía de la enseñanza como una posibilidad propia. La verdad es que deseaba ser periodista, pero no tenía la plata para pagarme la carrera, ni mis padres quisieron invertir en el periodismo, así que estudié filología en la Autónoma. Cuando me matriculé no tenía muy claro por qué lo hacía, incluso cuando estaba en el anfiteatro presentando el examen de ingreso, rodeado de potenciales compañeros de curso, tampoco ahí supe qué pretendía con ingresar a la universidad. El único plan concreto era entrar para que mi padre no me viera como un bueno para nada y siguiera dándome mi semana. En otras palabras, que siguieran prolongando el estilo de vida con el que crecí.

Evidentemente, en aquel entonces no me lo había formulado de esa manera, creo que me avergonzaba mirar de frente mi móvil. Quería seguir viviendo bajo el ala familiar porque me daba escorzo la responsabilidad, y más precisamente la adultez, a la que prefería desnudar a través de los placeres y los descubrimientos prohibidos, al igual que todos los amigos que me fui haciendo en la universidad. Una bola de zánganos con pretensiones, pero sin maldad y con miedo a la autonomía. Rechazábamos como todos los jóvenes, la idea de convertirnos en el maestro que teníamos enfrente.

A los dieciocho tenía la certeza de que los maestros eran personas que no tuvieron lo necesario para lograrlo, para ser investigadores en serio, escritores en serio, críticos literarios en serio. Mediocridad. Respeto y lástima era lo que me inspiraban. Era estúpido y repetía lo que escuchaba en todos lados, porque la mayoría es inocente y estúpida por partes iguales.

A los veintiuno se presentó la oportunidad de un intercambio y lo tomé creyendo que sería mi última

tabla de juventud, el último año antes de terminar la licenciatura y enfrentarme al mundo laboral. Llegué a una universidad en el suroeste francés, a la facultad de lenguas, a una carrera equivalente a la mía. Muy a mi sorpresa los estudiantes de español no eran intelectuales ni verdaderamente cultos. Nada que ver con mis camaradas ni con la población de filología. Conocí algunos cuantos, más perdidos que yo y más pretenciosos en cuanto a sus expectativas laborales. Me sentí fuera de lugar de inmediato. Así que me dediqué a estudiar en solitario, a pasar horas en la biblioteca y a juntarme con la comunidad latina e hispana de la ciudad, ellos fueron mi refugio, eran una comunidad intelectual de formación y obrera por circunstancia. Mi despertar político se levantó ahí. Asistía a muchos conciertos y festivales, intentaba rodearme de gente de ese ámbito y tener la sensación de pertenecer. Una tarde cualquiera durante mi primer verano francés conocí a Almudena. Era francesa, hija de españoles radicados en Francia desde hacía tres generaciones a causa de la dictadura.

Era la mujer más interesante que había conocido nunca. Estudió en el Conservatorio de Música. Vivía sola desde los dieciocho cuando decidió salir de vivir de casa de sus padres, como consecuencia de una disputa relacionada con su futuro profesional. Ellos querían que fuera a la universidad y se matriculara en musicología, pero ella quería una vida más libre. Cuando la conocí ya era la consecuencia de aquella elección y las cadenas de esa misma elección la ataban.

La idea de libertad debe siempre transfigurarse con el paso de los años y si no lo hace en realidad se trata de un capricho disfrazado ¿Deberíamos sospechar de los punk sexagenarios, ellos que se vanaglorian de seguir viviendo con los preceptos de sus juventud? A algunos parece funcionarles por ecuaciones de privilegio, pero a la mayoría los aísla como a los integrantes de una secta, y de la misma manera se erigen como los portadores de un camino verdadero. Admiro su determinación, pero no le veo caso. Respeto más a la gente como Almudena que no es que se haya traicionado, se adaptó y a pesar de todo mantiene el anhelo de compartir su amor por la música, dando clases en secundaria.

Enfrentó la soledad y las dificultades económicas de golpe, hace años que no ha visto a sus padres ni tampoco recibe ningún tipo de ayuda de ellos. El día que nos conocimos, le hablé directamente en español, me sentía más seguro avanzando en mi propio idioma, menos estúpido.

Mantuvimos una relación hasta que el periodo del intercambio llegó a su fin. Debía regresar a mi país, pero me daba miedo dejar atrás a Almudena. Nos amábamos, nos amamos. Le prometí volver, la invité a venir unos meses conmigo, necesitaba presentarla a la familia. No es necesario decir que su inteligencia y personalidad se ganó al instante la simpatía de todos. Ella regresó a Francia y yo por primera vez tenía un objetivo en mi vida de joven adulto: debía trasladarme a como diera lugar a vivir con Almudena. Pasaron dos interminables años de videollamadas, de un viaje cada verano, de desasosiego por no tenerla, de horas clavado a una mesa de la biblioteca y estudiar, me convertí en alguien que nunca había sido, sostenía charlas increíbles con mis maestros, me invitaban a fiestas y reuniones extraescolares, me alejé de mi banda de amigos y me rodeé de adultos. Me avergonzaba lo que había pensado de ellos. La vida es más compleja de lo que podía imaginarlo a los dieciocho.

Hoy hace tres años que vivo con Almudena. Es curiosa la vida de pareja, es apacible, sorprendentemente apacible y equilibrada. A veces me sorprende esta vida mía, la que yo mismo he forjado, porque es muy diferente a lo que considero que soy. Pronto me di cuenta que lo único que podía hacer en Francia como egresado de una licenciatura de filología con una maestría en literatura hispana contemporánea era ser profesor en el secundario. Menuda broma me he jugado yo sólo. Me he encerrado en un callejón en sentido único.

Y ahora desde que amanece Dios, como dice mi madre, se me va en estudiar para las oposiciones, una serie de documentos tan puntiagudos que no le veo el sentido práctico, puesto que son temas incomprensibles para una población adolescente para quien el español es una materia medio patito:

que si la poesía de César Vallejo, que si el proceso de transición de la dictadura chilena, que si tal serie de grabados de Francisco de Goya, que si los libros entrañables de Ana María Matute. Lo disfruto, no lo niego, pero alcanzo a verle fisuras a este sistema elitista de selección de profesores.

Para dar la impresión de que hago más que permanecer en la misma silla la semana entera, sistemáticamente lavo la vajilla o preparo algo de comer antes de que regrese Dena del trabajo, así enjuago un poco mis culpas, y me siento menos sanguijuela. Por las noches la estrecho entre mis brazos y le susurro que esto es una etapa, que me tenga paciencia, que pronto mantendré también este hogar, presentaré el examen, casi seguro que obtendré un puesto y con esto ella podrá dedicarse de lleno a la música. Así entre promesas nos quedamos dormidos.

Cada mañana me despierto con el olor del café recién preparado y cada mañana, entre chascarrillos la regaño por no levantarme temprano. No parece molestarle que me levante más tarde que ella o incluso que siga en la cama cuando ella sale temprano para ir al trabajo. Y le regaño porque siento vergüenza, nunca nadie me había tratado con tanto cuidado, sin exigirme nada a cambio.

Almudena se levanta temprano, no sé cómo lo hace pero siempre se escabulle de la cama de un solo brinco sigiloso, contadas son las veces en las que he podido hacerle el amor por la mañana. Salta de la cama y se dirige a la sala a leer las noticias, para cuando yo me levanto ella ya me tiene hecho el resumen de lo más relevante, siempre está informada de todo, de la situación de Palestina, de Israel, de Venezuela, de las elecciones de Honduras...todo. Como tengo lagunas históricas, ella toma la delicadeza de explicarme el contexto y la situación actual.

A veces siento que crecí encerrado en una burbuja en cuyas paredes sólo resonaba lo que pasaba en sí misma, sólo sé opinar sobre mi país e incluso hay ocasiones, en las que es Almudena quien me explica los detalles con una visión más globalizada que la mía.

No tiene un sólo reproche para mi nunca, quizás porque sabe que la amo como un loco, que podría mirar a otras mujeres pero nada me interesa más que construir una historia con ella.

Después de preparar café, platicamos sobre la situación actual del mundo. Me da la impresión de estar en clase. Cada mañana, sin importar cómo esté el clima y hay que decir que en Burdeos el clima es siempre lluvioso, ella toma su bicicleta y se va a una secundaria no muy lejos de donde rentamos. Nos mudamos aquí principalmente por la cercanía con su trabajo, de otra forma, a mi nada me atrae al exterior, de vez en cuando emprendo un viaje a la biblioteca, recolecto todos los libros que necesito y regreso a mi cueva. A veces me encuentro con antiguos colegas, nos saludamos, tomamos juntos un café y nos despedimos. Es agradable encontrarlos de vez en cuando, hablar un poco de lo mismo y de lo que a nadie le interesa. En esta ocasión discutimos sobre las investigaciones de unos compañeros sobre el periodo de la guerra de sucesión de España, aprovechamos para hacer bromas a costa de Felipe II.

A diferencia de Almudena, solamente tomo la bicicleta cuando hace buen tiempo, sino prefiero el tranvía. Siempre me he preocupado por mi aspecto físico, tener una apariencia cuidada, la barba bien afeitada y un discurso culto. Siempre me he preocupado por construirme este disfraz y estar sudoroso después de un recorrido de bici no me convence, me estropea el peinado y el desodorante. Es estúpido, pero mi generación se caracteriza por no terminar de aceptar todos nuestros despliegues de humanidad.

Llevo preparándome para las oposiciones desde octubre, hace casi seis meses que no construyo relaciones con nadie más que con Dena, ella es mi bocanada de aire exterior. Al regresar del trabajo, mientras le sirvo la cena me cuenta su día, particularmente las anécdotas con sus alumnos. La conversación se vuelve algo así como una introducción práctica al oficio de profesor. No lo digo, pero poco me atrae ejercer como maestro, no tengo paciencia para discutir con adolescentes, con sus ráfagas emotivas y sus hormonas.

Como lo he dicho antes, me he dado cuenta que no tolero todas las facetas de la humanidad ni la gente, soy ermitaño en los bordes, pero esto lo tengo que apechugar porque no tengo otra opción, Dena lleva manteniéndonos desde hace meses. No puedo fallar, conseguiré un puesto y ya veré si hay algún desenlace diferente posible, pero para no dejarme arrastrar por esas polvaredas recurrentes e inútiles de mi cabeza, trato de no perder de vista el objetivo.

Esta noche estudio en la barra de la cocina desde donde alcanzo a verla leer cerca del fuego de la chimenea. El frío de aquí es penetrante y en este invierno particularmente intenso, mantengo la chimenea encendida a lo largo del día. Aprovecho para leer al calor del fuego y atestiguo la transformación de la leña hasta volverse copos pálidos de ceniza.

El primer invierno aquí, intenté pasarlo sin calefacción porque no podía permitirme pagarla. La beca con la que llegué apenas alcanzaba para solventar las facturas y mis ahorros servían para cubrir los demás gastos. Mal comía, mal dormía y caí enfermo. Lo más doloroso de aquella época no fueron tanto la media soledad que arrastraba en los zapatos sino que en ese momento entendí que la humedad puede ser también corrosiva. No se requieren demostraciones drásticas como las inundaciones o las tempestades. Nada. Sólo basta estar presente y de manera constante para ser letal. Lo que había ahorrado en calefacción lo gasté en medicamentos. Cuando recuperé la salud y decidí asear un poco el departamento me encontré con que la maleta en la que guardaba mis fotografías, mis papeles, acta de nacimiento, se habían hongueado tanto que nada pudo salvarse.

Pude haberlo evitado de haber prestado más atención al penetrante olor a humedad, pero cómo iba a saberlo si todo el edificio despedía ese mismo olor a papel tapiz viejo y mohoso, a frío encerrado, a alfombra vieja y a cigarro. El edificio en el que rentaba sólo era para gente de paso, extranjeros que venían a estudiar y después regresaban a su país. El propietario se aprovechaba de ello y nunca se iba a parar por allí. Pagábamos en sobres que dejábamos en una caja de correos del edificio. Esas épocas me parecen de otra vida.

Mi vida, la de ahora, comenzó con Almudena, cuando la conocí en el concierto de una orquesta juvenil, en la que tocaba la hija de unos amigos. Ahí estaba ella, dando el discurso de bienvenida, y más tarde a lado de mi en la mesa del cóctel, la reconocí y la abordé, le hizo un poco de gracia mi acento y por primera vez en mucho tiempo alguien, en este país, hizo comentarios pertinentes sobre mi país de origen y sobre la sociedad, sin clichés, sin las preguntas estúpidas de siempre. Almudena, deslumbrándome con su inteligencia desde ese primer día, con sus discurso me pescó un anzuelo y con su mirada enmarcada por un fabuloso arco de cejas me enganchó.

El tiempo transcurrió hasta traernos a este instante en el que no sé cómo hablar con ella sin tener la impresión de ser un perdedor. Para que puedan

entender hay que volver a los peligros de la humedad y del encierro. Como he llevado diciendo, hace meses que no salgo. No sé desde cuándo exactamente, pero cada mañana al cambiarme de muda y enfilarme el suéter veía revolotear sobre mí una palomilla. La aplastaba con las manos en un aplauso efectivo y seguía con mi jornada. Me sentaba en la mesa del comedor de donde no me movía más que para ir al baño, beber agua, lavar los platos o preparar la cena. Y al correr de los días, las palomillas empezaron a ser más recurrentes, y a aparecer muertas dentro de mi taza de café como si se me hubieran escapado de los labios en el último sorbo. Cuando abría el estante del baño buscando pasta de dientes o jabón, por ahí revoloteaba una cerca de mi manga. Durante los primeros meses, no sólo se lo achaqué a la humedad sino quizás a algún paquete de harina vieja que las producía. Decidí limpiar la estantería y por un par de días las palomillas desaparecieron. Perdí valiosas horas de estudio haciendo la limpieza de una manera desesperada, que no es que sean malvadas, al contrario cuando atrapaba una entre mis manos se volvían polvo, una especie de polvo brillante, como maquillaje de mujer, con un poquito de agua. Polvo y humedad.

Pasaron semanas para que pudiera constatar lo que me temía y que tan absurdo me parecía cada que le daba vueltas. Las palomillas se me desprendían de la piel, debajo de mi ropa, de entre mis cabellos, de los mismos labios y me aterró pensar que Almudena pudiera notarlo mientras la besaba. Me aterró asquearle, no es que a mi me dieran asco las palomillas, más bien me parecían insectos amables, grises, así sin personalidad y sin maldad, como mis amistades de la universidad. Tampoco me molestaba mucho que me salieran de entre la piel. El tamaño de mis poros se había dilatado, pero no de manera llamativa y como Almudena llegaba al caer la noche, la iluminación del departamento me ayudaba a disimularlo. Me acostumbré a las palomillas y una vez que las acepté no se aparecían durante mis horas de estudio, revoloteaban poco sobre mi cabeza, otro poco frente a la pantalla encendida de la computadora, pero después de eso se pegaban en los márgenes de la pantalla sin moverse y de igual forma en las esquinas de la casa y no se volvía a saber nada más de ellas.

Cuando llegamos al mes de marzo y comenzamos a apagar la calefacción, comencé a dejar las ventanas abiertas todo el día para que pudieran escaparse por la ventana y Almudena no encontrara las paredes cubiertas de ese gris movable cada vez más numeroso. Hubo veces que creí que podía encontrar la solución a mi rara enfermedad, al fin y al cabo, no es atípico encontrar en la literatura personajes que

experimenten algún tipo de metamorfosis. Leyendo, si bien no encontraba la cura, al menos iba detrás de una hipótesis causante. Me he convencido de que guardo similitudes estrechas en personalidad y género con aquellos personajes. Me digo que si aparecieron durante el estudio de las oposiciones, necesariamente desaparecerán con las mismas.

Su presencia comienza a acrecentarse por las noches y se han vuelto más descaradas. De un tiempo para acá se posan sobre Almudena como si tuvieran derecho. Aquel contacto comenzó por provocarle urticaria a la altura del omóplato derecho y hacia mi persona. Con esmero le untaba el bálsamo recetado por el médico aunque con angustia notaba que la irritación crecía al contacto de mi piel. Habría que encontrar una solución urgente. Para contrarrestar la proliferación nocturna de las polillas, adquirí el hábito de dar paseos nocturnos, para orear el cuerpo y las ideas. Desde que salgo, la piel se me ha vuelto menos traslúcida, aunque se me han dilatado aún más los poros por donde pasan las polillas, Almudena no parece notarlo pero tengo la impresión de que me evita y desconfía de mis escapadas nocturnas.

Mi piel huele a semillas de girasol y toda la comida se hace polvo insípido en mi boca. Giro fascinado en torno a las páginas de los libros, buscando claridad, sin éxito, al igual que giro en torno de Almudena quien me aleja con el dorso de la mano. Faltan cuatro semanas para las oposiciones y me pregunto si mi cuerpo y nuestra relación soportará hasta la fecha del examen.

Trato de hacer memoria y no recuerdo cuándo fue la última vez que Dena me dirigió la palabra, mi sola presencia le provoca alergia. Habría que desempolvar el interior para recuperar su salud y todo lo que era ella antes de mí y también sé perfectamente que es mi presencia agobiante lo que la enferma, pero no quiero irme todavía. Sin ella nada de lo que he hecho tendría sentido y volvería a esa nada desorientada de la que vengo. El motivo mismo de mi proyecto es hacer sus sueños realidad, aunque ahora que lo pienso, ella nunca ha secundado estas intenciones. Dejaré pasar más días y ver si la situación cambia de su lado. Por el mío, ahora debo ducharme varias veces al día porque mis poros desprenden la linfa de las polillas, y aunque Dena rechaza mis abrazos no dejaré de insistir ¿será el efecto de su mirada el que me hace repulsivo? Intuyo que la separación es el remedio efectivo, pero aceptarlo no es fácil. Todavía tengo tiempo para encontrar otras vías, eso me parece, antes de convertirme completamente en polvo y humedad.



Doctor Equis sin docta ética

POR: PATRICIA VEGA VILLAVICENCIO

La intimidación es un arma de los megalómanos. Su presencia no se limita a los círculos políticos. Son una estirpe que prolifera, incluso en las universidades. Dice el Diccionario de la Real Academia Española que megalomanía es: “delirio de grandeza” y como ahora ya no funcionan los títulos nobiliarios y se ha popularizado la posibilidad de tener grados universitarios para “ser alguien”, los megalómanos están a la orden del día.

Resulta sorprendente la rapidez con que se puede perder la noción de la fragilidad y la insignificancia humana con sólo portar un papel que te acredita como “doctor”, incluso aunque provenga de una escuela improvisada o a distancia, de aquéllas que abundan en nuestros tiempos con gran éxito porque la educación escolarizada se ha convertido en un negocio.

En la sociedad actual que ha ratificado su consumismo con prácticas cada vez más absurdas, el deseo es muy venerado en nuestros días. Cuenta un poeta que algunos eligen padecer cáncer, pero yo digo que otros eligen las enfermedades emocionales al crear la ilusión de ser potentados y coronarse con la soberbia y la estulticia. A continuación, relato un ejemplo.

Hace algún tiempo, una persona con grado de doctor quiso saltarse las normas de una institución, y al no conseguirlo, ejerció coacción sobre quien escribe. No es la primera vez que sucede, ni la persona a quien me refiero ahora, la única; en otras ocasiones he experimentado situaciones parecidas, pero a través de otros enfermos de agresividad, durante mi desempeño en una oficina editorial, en donde los autores que publican son académicos universitarios.

Todo empezó con una llamada telefónica. Sobran las palabras para describir con exactitud lo que me dijo aquel esclavo de la neurosis, a quien llamaré “Dr. Equis”. El individuo lanzó dardos verbales burdos hacia mi persona, pero entre la retahíla, me detuve a reflexionar en un cuestionamiento que hizo porque comprueba la decadencia de la comunicación, en plena

era de la información: “¿nos tenemos que comprender, nos tenemos que escuchar?” –preguntó-. ¡Claro!, ¿a quién le importa eso?, estamos en los tiempos de la robotización, otros le llaman zombificación. Hacer las cosas rápido. Ser prácticos, no importa si es antiético el desempeño, lo importante es tener productos para reportar, entre más, mejor, la puntitis.

Según Raskolnikof, el personaje famoso de Fiódor Dostoievsky, el reino humano se debe segregar en dos tipos de individuos: quienes gozan de la prerrogativa de no seguir reglas e incluso romperlas, incluida la de respetar la vida ajena; y aquellos que forman parte de la masa, que deben seguir las normas sin cuestionar y obedecerlas a plenitud.

Para el primer conjunto de sujetos, la ética es una tontería, una forma de refugio para los débiles e incluso un estorbo para llevar a cabo “grandes” cambios o beneficios para una sociedad; para redirigir o acomodar el rumbo de una institucionalización o para destruir y crear nuevas normas que de otro modo serían impensables.

El segundo grupo de sujetos, al tener un temperamento frágil, incapaz de cuestionar, está condenado a postrarse ante las leyes, sin discusión, y a ser oprimido por los otros humanos que pertenecen al conjunto selecto.

Las cualidades de ambos grupos tienen dos caras contrarias. Veamos las antípodas. Por un lado, los seres bajo la virtud de superioridad en los términos de Raskolnikof saben pensar por sí mismos y no pueden o no deben tomar dictado del condicionamiento social; por otro lado, esa capacidad de liderazgo y superioridad es el traje a la medida para quienes viven bajo el influjo del complejo de grandeza.

En el conjunto subordinado la ética es una necesidad, la de pensar en el prójimo, seguir las reglas y evitar la impunidad, aunque estos sujetos se deben al

sometimiento, considerando que una ausencia de dinero, poder o posición política o aristocrática, les condena de *facto*, a subyugarse al sistema y a las arbitrariedades de la “clase superior”.

El Dr. Equis, quien sospecho ha deseado enquistarse en el equipo de los “superiores”, como seguramente lo hacen muchos sujetos(as) con un poco de conocimiento mayor (o eso creen) que el del común de los mortales; se sienten plenos intentando saltarse las reglas e imponiendo su opinión machista, es el caso del Dr. Equis (incluso me llegó a decir que “era lo malo de tratar con mujeres”).

La carta de presentación del individuo del que hablo, para amedrentar, es que ha sido funcionario de ayuntamientos del Estado de México... y ahora, doctor. La diferencia entre las personas realmente superiores y el Dr. Equis radica en que el segundo tiene aspiraciones minúsculas, apenas buscar la ganancia para sí mismo. Su prosperidad no redundará en el beneficio de un colectivo, quizá tal vez lo sea para su núcleo más cercano y nada más.

Si bien, alguien que no labra su autarquía está condenado a seguir al rebaño y al hacerlo debe asumir y padecer las decadencias del “ser superior”, considero que una persona de alma grande lleva innata una enorme dosis de ética, no como disciplina impuesta, sino como una forma inherente a su personalidad. Esto, queridos lectores, no se trasluce en los megalómanos. Un grado no siempre da magnanimidad. Esto se consigue con una enorme comprensión y observación del entorno y de los individuos, y a algunos cuantos se les da casi de forma automática, desde temprana edad, con la firme convicción de perseguir una genuina verdad propia, a veces ni siquiera una verdad social.

No creo que haya en el mundo muchos casos semejantes a Mahatma Gandhi o a Nelson Mandela u otros que han logrado salir de los lodos de la injusticia y la degradación humana. Casos así, son extraordinarios, como Leonora Carrington, a quien me

gusta rememorar por las elecciones que hizo a lo largo de su vida, sólo para vivir, para ser, y sin proponérselo ha llegado a posicionarse como referencia de multitudes. Es decir, la idea de ser superior para Dostoievsky era, allende la ruptura con el *status quo*, la elegancia de una aspiración interna genuina.

Hay un grupúsculo que se ha escudado a lo largo de la historia humana en la idea de raza superior y pretende y ha creado cambios, aunque éstos no mejoren en el fondo las estructuras que sostienen al sistema que nos rige, sino por el contrario, las lleven a la decadencia. La única cualidad de esta teoría ficticia que se apropian y practican es aquella esencia megalómana que rebasa los límites jurídicos y todo tipo de relación de respeto. Sí, podrían ser los priistas, panistas, morenistas, intelectuales, escritores, doctores, etc.

Esto no es en modo alguno, comprobado, muestra de inteligencia superior, ni evidencia de raza avanzada, sino todo lo contrario, es el claro ejemplo de involución social porque ante la incapacidad para buscar soluciones, a través de la dignidad, se recurre a la fácil transgresión, bajo el resguardo y escudo de la política, el conocimiento científico e incluso el arte.

Una práctica común, la anterior, se facilita en una sociedad profundamente analfabeta funcional, desconocedora de sus derechos y capacidades, en donde algunos con un poco de lectura especializada a cuestas, no vacilan en aplicar artimañas para conseguir sus objetivos de forma exprés, ejecutando libremente sus deseos.

En resonancia con la teoría de Raskolnikof, el famoso estudiante de *Crimen y castigo*, muchos sujetos con grado de doctor en las universidades públicas consideran que es normal y necesario, tal vez, romper las prácticas honestas de las instituciones al recurrir a la corrupción, al intimidar a quien sea para ser beneficiados, y a refugiarse en estas instituciones, teniendo una carrera dudosa en la administración pública. Eso no es un grupo selecto, sino el tábano que chupa la sangre de quienes lo permiten.

El Museo de la Guerra de Castas: un museo de la comunidad para la comunidad

POR: GUADALUPE MURIEL MANZANO (LUPITA MURIEL)

En medio de la profunda selva húmeda del sureste mexicano existe un pequeño pueblo llamado Tihosuco, un poblado que yo bien llamaría *el corazón del mayab*, el corazón de la zona maya mexicana. La riqueza histórica de este poblado rural es inconmensurable para el estado, para la cultura maya y para la resistencia indígena; pues fue el centro de diversos episodios históricos de nuestro país, siendo el más representativo la Guerra de Castas.

Se denomina Guerra de Castas al movimiento social que los nativos mayas del sur y oriente de Yucatán iniciaron en el mes de julio de 1847 contra la población de "blancos" (criollos y mestizos), que se encontraba mayoritariamente establecida en la porción nor-occidental de la península de Yucatán. La guerra, que costó cerca de un cuarto de millón de vidas humanas, terminó oficialmente en 1901 con la ocupación de la capital maya de Chan Santa Cruz por parte de las tropas del ejército federal mexicano (Gobierno de México, 2020).

Esta lucha civil entre grupos indígenas y el gobierno, desde la segunda mitad del siglo XIX hasta el gobierno de Porfirio Díaz, fue una sangrienta parte de la historia nacional. Aplastó decisivamente la resistencia indígena en contra de los latifundistas que, a través del sistema de la tienda de raya, esclavizaban mayas en las haciendas henequeneras. Los mayas, agotados del peso de la historia colonial y de la caída del sueño de libertad tras la Independencia, lucharon valientemente para lograr una verdadera emancipación de hacendados enriquecidos, maltratadores y violadores de campesinos pobres. Tristemente fueron abatidos y el pueblo abandonado. Con el paso del tiempo, el poblado volvió a la vida con las migraciones del siglo XX, quienes no tardaron en encontrarse con un pueblo lleno de historia y de fantasmas.

En este contexto surge el Museo de la Guerra de Castas, el único dedicado a la resistencia indígena en México (Museo de la Guerra de Castas, 2020). Éste es un espacio creado por la propia comunidad con el interés de preservar los vestigios arqueológicos encontrados en el pueblo con su repoblación, pero el museo se convirtió en algo más; se volvió un punto de identidad -una propia-, un discurso histórico escrito por ellos mismos: los vencidos, los violentados y asesinados, pero nunca doblegados.

Historia y colección

El museo surge en 1993, ubicado en una ex hacienda que data del siglo XVIII. Desde la Guerra de Castas varios edificios del poblado estaban abandonados, hasta que se inaugura el museo con la intención de preservar y difundir entre la comunidad los despojos de la rebelión armada descrita anteriormente. El museo expone armas, pinturas y documentos de la Guerra de Castas, así como fotografías, maquetas y fichas informativas acerca de la fundación de otro poblado maya de suma importancia para la preservación cultural: Chan Santa Cruz, hoy en día conocido como Felipe Carrillo Puerto. De manera general, esta descripción distante y objetiva de las piezas dista mucho de la experiencia de visitar este espacio, ciertamente es una experiencia pues pocas veces se puede observar el cráneo de los héroes de una comunidad en un museo; pero no sólo son las reliquias de estos héroes indígenas lo que genera la experiencia en tal lugar: su colección, más que ser una exposición morbosa de la guerra, va encaminada a crear un espacio de veneración a los muertos, es una resignificación de la historia y preservación del conocimiento.



El museo consta de tres salas de exhibición permanente y una sala de exhibición temporal. En la primera sala se exhiben objetos y piezas prehispánicas religiosas. Su intención es romper totalmente con el arte virreinal pues un mural bastante dramático, bastante realista, de un artista local, nos da la bienvenida mostrando de forma tangible el rechazo a la cultura opresora y española. En la segunda sala se exhiben réplicas de cartas y documentos de los caudillos mayas, dejando en sus palabras la evidencia de los malos tratos e injusticias hacia el pueblo maya. La tercera sala, dedicada enteramente a la Guerra de Castas, es donde podemos ver los vestigios más especiales del museo, pues aquí se conservan las reliquias de los mártires de la guerra, así como las armas que los mayas y españoles utilizaron para combatirse.

Los servicios con los que cuentan el museo son:

- Catálogos de exposiciones
- Visitas guiadas
- Conciertos
- Conferencias
- Presentaciones editoriales
- Concursos de arte
- Piezas interactivas
- Servicios educativos
- Talleres de escultura, teatro, música y danza dirigido a niños y jóvenes
- Biblioteca
- Videoteca
- Tienda
- Sanitarios

Palapa de usos múltiples (Sic México, 2020).

Considero importante resaltar los servicios porque son beneficios que se ofrecen a su comunidad -un pequeño poblado-. Dotar de servicios (básicos desde la visión ciudadana) es, para una comunidad marginada, abrir un espacio de encuentro para las personas, un espacio de acercamiento artístico para niños y jóvenes y un espacio de preservación documental de la historia, pero sobre todo es un espacio que ofrece servicios culturales a su comunidad, sin imponer una visión colonialista o salvadora de las instituciones tradicionales de nuestro país.

El museo y su comunidad

Este museo surge del deseo de la comunidad por preservar su historia, pues con las migraciones del siglo XX se descubrieron distintos objetos arqueológicos, de diversas épocas, en el poblado anteriormente abandonado. Pero también surge de la necesidad de la comunidad de reescribir su historia desde sus propias voces. Considero que éste es un tipo de *Museo de espejos*, es decir un museo en el que su comunidad puede verse reflejada a sí misma (Fontal, 2009); y claro que se ven reflejados desde el ahora, pero también desde el pasado, lo que es maravilloso en un buen museo histórico.

El museo es mayormente dirigido por mujeres de la comunidad, principalmente porque los hombres suelen salir a trabajar al campo o a ciudades cercanas, mientras que las mujeres suelen quedarse en casa con la labor de educar y cuidar a los jóvenes; esto permitió que fueran las mismas mujeres quienes se involucraran cada vez más en las actividades del museo. Con el paso del tiempo, fueron tejiendo una red de vínculos entre las familias y el museo, pues se convirtió en un espacio de desarrollo para los niños; pero también para las mujeres del museo que, de manera meramente intuitiva, formaron sus propios métodos de investigación, métodos que involucraban la participación de la familia en su totalidad.

Cuando visité el espacio tenían una actividad interactiva para los visitantes, ésta constaba de producir hilo de algodón con una herramienta de madera y una jícara: menester difícil para cualquier persona moderna, la experiencia fue divertida, difícil y tierna; pues de recuerdo, te llevabas una pequeña pulsera de hilo que tú mismo creabas. Pero el fondo de esta actividad es mucho más profundo.

Todo comenzó con una herramienta de madera que encontraron dentro del inventario de objetos no exhibidos, nadie sabía para qué servía o qué era. Después de agotar los métodos convencionales de investigación y no encontrar respuesta, las mujeres preguntaron a sus abuelas y abuelos si habían visto algo así; una anciana mencionó haber visto algo así a su abuela y que quizá ella tendría uno en casa. En efecto, tenía la reliquia familiar entre sus cosas, al encontrarlo recordó que su abuela lo utilizaba para hilar algodón o flores de ceiba; la anciana lo comentó a las mujeres del museo, éstas a su vez trataron de encontrar la lógica de cómo se utilizaba dicha herramienta.

La anciana volvió a dar la solución pues, después de varios días intentando solucionar el enigma, dio con la respuesta entre la lógica y sus recuerdos infantiles. El objetivo se logró: la anciana enseñó a las mujeres la técnica ancestral, recién adquirida, con ella se establecieron el proyecto de crear una prenda con el hilo obtenido de dicha técnica y el resultado fue una sencilla camisa de hombre, estilo campesino para uno de los esposos de las mujeres involucradas; mientras que el hilar algodón con esta técnica se convirtió en una actividad para los niños y visitantes del museo.

La anécdota, además de bellísima, es un claro ejemplo de la red social que se teje desde el museo, una red no sólo de experiencias, sino una red de preservación y transmisión de conocimiento, donde todos los miembros de la comunidad del museo y sus visitantes tienen acceso a esta experiencia.

La red social del museo también está estrechamente ligada a los artistas locales. Por ejemplo, el grupo de danza y música maya que se presenta en las instalaciones del museo tiene como objetivo preservar la forma tradicional de la música maya de su pueblo, la forma en la que sus padres y abuelos les enseñaron a hacer música y a bailar. La pintura y literatura también son partes importantes de la oferta cultural del museo, pues las exhibiciones en su sala temporal, permiten que los artistas locales tengan un espacio institucional para exhibir sus obras; al mismo tiempo que se ofertan talleres de escritura literaria en lengua maya.

En este sentido, el museo de la Guerra de Castas ha logrado, con recursos limitados, el ideal al que debería aspirar un museo en el siglo XXI: un museo contemporáneo que privilegia la conexión entre éste y las personas, creando un espacio de enseñanza-aprendizaje, partiendo del contexto social en cual está inmerso, creando prácticas nuevas y experimentales adecuadas a su comunidad (Fontal, 2009).



Bibliografía:

- Ángeles, P. (2019) Arte, museos, documentación y objetos culturales, en *Gaceta de museos*, (s.n.), 45-49.
- Fontal, O. (2009) Los museos del arte: Un campo emergente de investigación e innovación para la enseñanza del arte, REIFOP, (12)[4], 75-88.
- Gobierno de México. (2020). Inicio de la guerra de castas. Consultado el 22 de agosto del 2023. <https://www.gob.mx/siap/articulos/inicio-de-la-guerra-de-castas?idiom=es>
- Peña, B. (2001) Museos comunitarios en México, en *Gaceta de museos*, (23-24), 59-61.
- Sic México. (2020) Museo de la Guerra de Castas. Consultado el 22 de agosto del 2023. https://sic.cultura.gob.mx/ficha.php?table=museo&table_id=311



Cuerpo y territorio

Por: LIZARLETT FLORES

Abro un nuevo archivo para esta entrada, busco la carpeta dedicada a esta columna y caigo en cuenta de que hace un año comenzaba a escribirla. La ciudad que describía entonces parece no haber sido ésta; yo misma era otra, dejando reflexiones existenciales de lado. Hace un año mi útero se encontraba en expansión, dibujando un cuerpo diminuto, dando soplo a otra vida, diseñando bajo otras reglas las entrañas de una bebé que ahora mismo se entretiene frente a mí experimentando con una serie de fonemas que se descubre capaz de emitir. Un baluceo intrigante que intenta sintetizar, asimilar y reproducir nuestros idiomas, el mío y el de su padre.

Fechas más, fechas menos, el alumbramiento me llevó a vivir una serie de confinamientos suplementados: primero el hospital sin derecho a visitas porque pandemia, luego mi casa porque posparto. Nunca sabré si la temporalidad en el encierro de verdad altera las manecillas del reloj, pero cada que salía aparecían nuevos edificios, como champiñones gigantes que cambiaron el rostro de mi barrio.

Queda claro que cuerpo y territorio cambian perpetuamente y que los cambios de uno y otro se inscriben en el ADN de ambos. Digo esto porque, hace un año recuperábamos el espacio público tras una serie de confinamientos, redescubríamos una ciudad en cuyo rostro también se inscribieron las consecuencias de la enfermedad.

La cautela frenaba los impulsos de algunos, la desconfianza cambió para siempre la personalidad de otros, el alivio brillaba en la mirada de muchos. Aunque las medidas impuestas continuaron segregando a algunos otros, poco a poco se va desvaneciendo ese pasado reciente, que sin embargo trastocó nuestras maneras de saludarnos y despedirnos, de convivir y de encontrarnos. Ese pasado que no termina de irse, pero del que dejamos de hablar, de quejarnos.

Parece que fue hace mucho tiempo que requeríamos de permisos de desplazamiento so pena de multa, las pruebas nasales para acceder a distintos espacios de la ciudad, pases sanitarios para justificarnos... todo eso va recubriéndose con el velo del olvido voluntario.

Aunque de repente, volvemos a enterarnos de un repunte y aquello que se nos había olvidado vuelve a imponérsenos en el rostro y separarnos por trechos. La incomodidad nos aqueja y nos brota como una urgencia por aprovechar del exterior, de un concierto al aire libre, de una sala de museo, de un café, de una comida con amigos.

Es curioso pensar en los inicios que vivimos, en lo lejanos que siempre parecen: el inicio de una carrera, de una amistad, del aprendizaje de otro idioma, de una enfermedad, de un viaje, de un noviazgo, de un trabajo, de un cambio de país, de una vida en común, de una vida en solitario, de una vida a secas...

Prefiero pensar en los inicios, a veces por la esperanza que los habita, otras porque dan cuenta de una fortaleza que creíamos ajena, porque poseen un algo de ingenuidad ligado a la juventud, la juventud que en realidad nunca nos abandona, por el simple hecho de que la vida está plagada de primeros tiempos, de inicios, hasta el último de nuestros días. Podría decirse lo mismo de los finales, sobre todo porque la continuidad de unos es inherente al desencadenamiento de otros, pero esa será una entrada para otro día.

Sirenas de Río: una historia de vacíos

Por: ALEJANDRA G. REBELO

La mujer es origen y destino
y si borramos el origen,
perderemos
inevitablemente el destino.
Demetrio Ávila

Para Peter Brook “el teatro es lo que ocurre en el misterioso momento llamado: presente, que está en eterno movimiento, es allí donde una verdad puede ser redescubierta y experimentada”. Si para Brook el teatro está en eterno movimiento, la vida se refleja en el teatro y es ahí donde se recrean historias con una mirada microscópica de un fragmento de realidad.

Parece que la realidad se ensaña con las mujeres en nuestro país, en donde hasta el pasado mes de julio del año en curso eran investigados 426 casos de feminicidios de acuerdo con el Sistema Nacional de Seguridad, sin embargo, esta cifra seguramente es mayor debido a todos aquellos casos que no se denuncian. Vivimos en un país violento y lo sabemos, hemos aprendido a vivir con miedo, a cuidar quién camina detrás de nosotros, a no intercambiar miradas y hasta “dar las gracias” por regresar a casa.

La violencia hacia las mujeres para muchas generaciones se normalizó porque era “su deber atender a los hombres”: aprender a cocinar, tener un hombre que sea el proveedor del hogar, vestirse como “niña”, tener hijos -por mencionar los patrones más obvios-, son el resultado de muchos tipos de violencia en contra de la mujer: psicológica, sexual, económica, por discriminación y, por supuesto, la física. Esta violencia se empezó a visibilizar en la sociedad mexicana en los años noventa, cuando se pensaba que la violencia hacia la mujer sólo existía en territorios fronterizos como Ciudad Juárez.

Después no sólo fue Ciudad Juárez y la zona fronteriza, sino el Estado de México, Tlaxcala, Puebla, Veracruz, Oaxaca, Chiapas, Ciudad de México. Ahora es difícil no mencionar alguna entidad en la que no

haya desaparecido una mujer o se haya cometido algún acto de feminicidio y el culpable esté prófugo o, en muchos de los casos, sea la pareja.

¿Cómo contar historias de muerte en un espacio vivo como el teatro? ¿Cómo los cuerpos rotos de estas mujeres pueden ser representados? Así pues, la falta de respuesta por parte de las autoridades es contada en el teatro a partir de dramaturgias que exponen un tema que incomoda a las autoridades y que las mujeres necesitamos ser vistas desde nuestra vulnerabilidad sin importar raza, creencias religiosas, edad o condición social.

Dramaturgos como Demetrio Ávila han abordado la temática feminicida en *Sirenas de Río* (2007). En esta obra, un río es cómplice y verdugo en historias que coinciden con la muerte de madres, hijas, trabajadoras y prostitutas. Las voces de las sirenas emergen de la profundidad de un río de sangre en la frontera, el río Bravo. El río es una figura omnipotente y omnipresente alrededor de los personajes. El río alberga en su profundidad a mujeres asesinadas que se transforman en sirenas en el momento de su muerte.

Las narrativas se estructuran a partir de los siguientes ejes dramáticos:

- Un hombre que abusa de una niña.
- Una maestra que denuncia el acoso de un hombre en la escuela.
- Una madre que pierde a su hija, padre e hijo que comparten el asesinato como pasatiempo.
- Mujeres agredidas en su domicilio.
- Una prostituta asesinada por un joven.
- Una anciana indiferente hacia los asesinatos.
- Trabajadoras de una maquiladora asesinadas.



Son historias que se entrelazan, fragmentos que comparten en un espacio mancillado por el río en sus múltiples representaciones. La violencia se genera en cada escena y está presente en varias situaciones: en la descomposición social, en el abuso, en la injusticia, en la corrupción, en el miedo y, por supuesto, la indiferencia.

Al preguntarle al dramaturgo la importancia que tiene el contexto en *Sirenas de Río* y cómo surgen los personajes me contestó:

Son mujeres a quienes les cortaron los dedos para que no las reconocieran, les arrancaron a mordidas los pezones en un festín de sadismo y lujuria. Mujeres que siguen sentadas esperando a que sus hijas vuelvan. Estas sirenas son mujeres que viven bajo este río que somos todos, un sistema putrefacto, una religión que las somete y les lava el cerebro para minimizarlas, cosificarlas.¹

Es la inocencia de la niña que reclama su cuerpo sea identificado como el de sus compañeras como lo vemos en este fragmento:

NIÑA SIRENA: Yo no nací acá. Yo nací en tierra olvidada. El río me trajo hasta aquí. Un hombre me convirtió en sirena. Abajo hay más. Somos sirenas de río. Abajo duermen mujeres sin lengua. Yo salgo a veces a la orilla porque quiero ver a mi mamá. Las mujeres de abajo dicen que me debe estar buscando. No pude avisarle que me traían aquí. Por las noches subo para escribir en la tierra mi nombre. Pero al otro día el polvo de la frontera lo borra. Por eso mamá no me encuentra. Si la ven díganle que vivo en el río, que no se preocupe ya... que somos muchas, que abajo me cuidan, que... ¿alguien ha visto a mi mamá? (p. 72).²

Son cuerpos que pierden nombre y se convierten en cifras, no obstante, para los deudos tienen nombre y una historia inconclusa. Son madres que tienen que regresar a casa, son aquellas a las que les faltan abrazos que dar, son aquellas que tienen hijos que las esperan para comer:

MAMA DE GRETTEL: No volvió. Dejó un recado en la nevera: “vuelvo para comer juntos”. Salió

a dar clases. Leí en el espejo del baño “los amo”. Se fue a la secundaria y en la puerta de su recámara decía “regreso a las cinco”. Le gustaba jugar con sus hijos. Un recado decía “no coman sin mí”. Dejó un camino de recaditos. El último en la puerta de la calle “no me olviden”. No volvió. Hombres azules voltearon la casa. Hombres negros espantaron a los niños. Hombres verdes han rodeado nuestros muros. No aparece. Se la tragó el río. Hombres-olas de río han dado la noticia. Dicen que se convirtió en sirena. Sirena de río. Yo sé que no va a volver. Y sus hijos aún esperan verla llegar para comer juntos. La niña se queda por horas viendo el espejo del baño. Luisito espera todas las tardes a que den las 5, arrancó todos los números del reloj de la cocina, para detener el tiempo. Ella no vuelve. No la vamos a olvidar. Su esposo, sus hijos y yo, aún la esperamos a comer (p.77).

Jean Duvignaud señala que “cada sociedad engendra sus propias formas dramáticas”, es decir, toda sociedad tiende a exteriorizar su propia realidad, de ahí que el teatro sea considerado una paradoja pues abre una posibilidad de elección en un espacio y un tiempo de excepción que no ofrece la realidad. ¿Que si exageramos? ¿Que si nos enojamos? Claro que nos hierva la sangre de hermanas, madres, hijas que no regresaron, de la indiferencia de las autoridades, pero más de la sociedad que ha normalizado la violencia feminicida. La realidad no siempre tiene respuestas porque es más fácil voltear hacia otro lado.

En una representación teatral todo se convierte en un signo y las interrogantes se plantean en un escenario vacío para contar historias. Por lo tanto, la unión de elementos espaciales y temporales en *Sirenas de Río* están construidas en espacios transgredidos e incertidumbres en la maquiladora, en la escuela, en el ministerio público, en el río, en la parada de autobús, en el hospital, en la casa; estos son escenarios de una realidad que no brinda respuestas a los deudos, no obstante son muchas voces las que necesitan ser escuchadas desde el arte, son muchas las historias que faltan por contar, pero lo más importante hay mujeres que merecen tener un nombre e identidad.

¹ Entrevista con Demetrio Ávila, realizada vía internet, el 10 de octubre de 2017.

² *Sirenas de Río* de Demetrio Ávila en Hotel Juárez. Dramaturgia de Feminicidios, Espacio Vacío/ Union College, 2008 p. 74. [En adelante se anotará el número de página del texto para las citas].



[/revistacolibrinx](#)



[/revista_colibri](#)

<https://colibrirevista.com/>